

Obreras del *Arbshulorg* y el Socorro Rojo Internacional, entre otras.

En el cuarto y último capítulo, el autor caracteriza a los activistas judíos desde su condición de género, profesiones, oficios y origen social, económico y cultural. La investigación realizada por Kersffeld cruza historias de judíos y comunistas en el período de entreguerras desde un abordaje complejo. El autor explora en cada dimensión y nos proporciona una breve historia, centrada en cuadros dirigentes o personalidades de la cultura. Sin embargo, poco sabemos de los lectores de aquella prensa partidaria *idishista*, del público judío que habitaba las instituciones de izquierda, participaba de las colectas o concurría al teatro popular *idish*. Algunos trabajos indican que la izquierda *idishista* podía compartir ideas de una u otra línea, leer dos o más periódicos de distinta extracción, colaborar económicamente con instituciones diferentes (inclusive no judías) o, a pesar de simpatizar con el marxismo, perseguir fines capitalistas. Luego, otra cuestión que se impone: ¿cómo diferenciar entre simpatizantes, colaboradores, afiliados, militantes no afiliados, o cuadros dirigentes en la atmósfera judeo-comunista?; ¿vale decir que todos fueron comunistas? **Rusos y Rojos** puede leerse de principio a fin o cada capítulo en sí mismo, pues cada uno contiene una perspectiva particular de aquel vasto mundo. Como afirma el autor, varios judíos dieron preeminencia a su militancia por sobre su origen étnico, ¿por qué entonces llamarlos *judíos-comunistas* y no *comunistas-judíos*?; ¿cuánto de cada condición se puso en juego entre los dirigentes mencionados en el libro? Sin duda, la Shoá marcó un antes y un después en este dilema. La tragedia llamó al colectivo hebreo a revalorizar su herencia cultural, pero esto, al menos hasta los años cincuenta, no hizo más que solidificar esa convergencia. El rol que la Unión Soviética y su Ejército Rojo tuvieron frente al nazismo, constituyó una “verdad” inalterable para el pensamiento judeo-comunista latinoamericano: “la URSS salvó a la humanidad”.

Por último y de acuerdo con Daniel Kersffeld, los estudios que predominan acerca de la vinculación entre judaísmo y comunismo, por lo general, han puesto mayor énfasis en los conflictos ideológicos emanados de las tensiones entre el sionismo y la izquierda, que en lo que esa conjunción significó en la vida real de las personas. Así, la permanente referencia a comunistas con nombre y apellido que contiene el libro, desafía las *cosificaciones* que deshumanizan y desconocen, en el sentido que lo plantea Norbert Elías; que la presencia de

la Internacional Comunista en América Latina puede traducirse en la emergencia de redes de individuos en movimiento, politizados conmovidos por un mundo cambiante, con historias familiares, emociones, proyectos y utopías emancipadoras.

Nerina Visacovsky
(UNSAM/CONICET)

A propósito de Olga Glondys, **La Guerra Fría cultural y el exilio republicano español. Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura (1953-1965)**, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2012, pp. 369.

Con la caída del muro de Berlín y el fin de la Guerra Fría, parece haberse clausurado un ciclo histórico que concita cada vez más el interés de los historiadores. Dentro de ese marco, los estudios sobre lo que ha dado en llamarse “la Guerra Fría cultural” (GFC) ocupan en estos últimos veinte años un lugar prominente. En el mundo hispanoamericano, si bien se pueden reconocer algunos precedentes, el tema ha eclosionado en este último lustro.

Después del revelador trabajo de María Eugenia Mudrovic (1997) sobre la primera época de la revista **Mundo Nuevo** y su vinculación con el afamado Congreso por la Libertad de la Cultura, tuvieron que pasar cerca de diez años para que el tema volviera a ser retomado. Alentados por una corriente que se inició en Europa con los estudios de Pierre Gremión, Scott Smith, Michael Hoschgeswender y Kristine Vanden Berghe, y ciertamente impulsados por la nueva coyuntura política del siglo XXI, una serie de jóvenes historiadores toman la iniciativa de explorar *in situ* las tensiones de la Guerra Fría en el campo cultural latinoamericano, como lo muestran el estudio de Germán Alburquerque, el volumen colectivo de Marina Franco y Benedetta Calandra, el trabajo de Elizabeth Cancelli o la tesis de Patrick Iber.

Inscripto sin duda dentro de esta renovación, el trabajo de Olga Glondys se instala como referencia obligada para los estudiosos de esta problemática. De origen polaco, formada en filología en su país natal, la autora cursó estudios superiores en la Universidad Autónoma de Barcelona, orientándose hacia la historia cultural e intelectual.

Producto reelaborado de una tesis de doctorado defendida en 2010, escrita en un cuidado castellano que invita a una lectura fluida, la

obra explora por primera vez en forma sistemática las redes del exilio español involucradas en el Congreso por la Libertad de la Cultura. Es el primer estudio dedicado ampliamente a las consecuencias culturales de la Guerra Fría sobre el caso español y la primera investigación sobre el órgano del CLC para el mundo hispanoamericano: la revista **Cuadernos**.

La obra revela un gran rigor conceptual y un enorme esfuerzo en la búsqueda de documentación, con un fuerte respaldo en el trabajo de archivo, con generosas citas de correspondencias e informes desclasificados. No era una tarea sencilla evaluar históricamente la acción de los intelectuales españoles que se movían en el espacio que iba desde la resistencia al franquismo hasta el rechazo del comunismo. La autora lo hace a través de un intenso recorrido por fondos personales y archivos esenciales como los del socialista caballerista Luis Araquistáin, el expoumista Julián Gorkín y el escritor y diplomático republicano antifranquista Salvador de Madariaga. Los tres tomaron posiciones indiscutiblemente relevantes durante la primera década en la que el CLC se instaló en América Latina, desde donde estos intelectuales llevaron adelante su lucha contra la dictadura franquista.

Por otra parte, la autora bucea en el Special Collections Research Center de Chicago, el Archivo General del Congreso por la Libertad de la Cultura y de la Asociación Internacional por la Libertad de la Cultura, además de los fondos personales de siete actores de época: Burnett Bolloten, James Burnham, Sidney Hook, Jay Lovestone, Joaquín Maurín y Bertram D. Wolfe, disponibles en la Hoover Institution de Stanford, California, y el de Michael Josselsson, director del Comité Ejecutivo del CLC por quince años, alojado en la Universidad de Texas.

Con una abultada bibliografía que respalda su labor, Glondys encara un minucioso análisis de la revista órgano del CLC destinada al mundo hispanoamericano, la revista **Cuadernos**. La obra, organizada en diez capítulos, parte de los orígenes de la ofensiva intelectual e ideológica norteamericana y la coyuntura compleja y difícil a la vez en la que se encuentra el exilio republicano disperso por América, pasando por los orígenes del CLC en 1950 y el delicado tema de su financiación. A partir del tercer capítulo, la autora reconstruye los pormenores del lanzamiento de **Cuadernos** (hermanada con la revista francesa **Preuves**); y continúa con el análisis de la publicación a través de una lectura esmerada atenta no sólo a las denuncias contra el régimen franquista sino a



diferentes temas: las denuncias contra la URSS, el neutralismo, los problemas políticos latinoamericanos, en particular el golpe de Estado contra el gobierno de Jacobo Arbenz y las repercusiones que suscitó la gesta cubana de 1959 (lo que derivó en la decisión de aggiornamiento del CLC). Entre los capítulos séptimo y octavo escala en las acciones de los españoles en el exilio y los vínculos que se establecen con las elites intelectuales hacia el interior de España, impulsados por la apertura de 1959 en busca de la transformación democrática. La autora se detiene particularmente en las acciones promovidas por el CLC para intensificar el diálogo entre los intelectuales exiliados y sus contrapartes residentes en el interior. En el noveno avanza sobre la retirada en las estrategias anticomunistas, la apertura al diálogo del Congreso y la difusión de su hipótesis sobre el "fin de las ideologías".

No escapan al análisis de esta investigación el escándalo de la financiación con los fondos de la CIA en 1967, ni el modo en que el Congreso por la Libertad de la Cultura finalmente margina el núcleo de exiliados en **Cuadernos** en la década de 1960. Por fin, el último capítulo está consagrado a sopesar la intervención y estrategias norteamericanas que buscan influir en las complejas y desiguales relaciones que se establecen entre los intelectuales españoles y latinoamericanos con el CLC.

La tesis de Glondys ha levantado críticas en algunos sectores de la comunidad académica española y reconocimiento en otros, lo que pone en evidencia la sensibilidad que aún existe respecto de temas tan espinosos como fue la resistencia de los republicanos españoles a la dictadura franquista o el financiamiento estadounidense a las actividades del CLC. El esmerado trabajo de Glondys ha logrado salvar las discrepancias, sumando más bien a un debate fructífero sobre el período.

Pero si bien el trabajo de la autora exhibe un cuidadoso y esmerado tratamiento del tema, se torna manifiesta una ausencia, producto de la necesidad de abordar simultáneamente y de modo especular el otro gran actor de la Guerra Fría: el comunismo. Pues así como el programa de la revista **Mundo Nuevo** se entiende en buena medida sólo en relación a **Casa de las Américas** (y viceversa), también **Cuadernos** se comprenderá mejor si se la lee de modo especular a su rival, **Problemas de la Paz y el Socialismo** de los comunistas, y en general, la dinámica y los fines del Congreso por la Libertad de la Cultura solo se explican en gran medida si se considera en forma simultánea la dinámi-

ca y los fines del Congreso Mundial por la Paz. Y viceversa. Tal como señala David Cauté, cada conferencia y organización de la Guerra Fría cultural organizada por uno de los contendientes tuvo su contrapeso en otra que se le oponía con métodos y estrategias similares.

Sin lugar a dudas, un futuro estudio comparado entre los intelectuales españoles antifranquistas y los intelectuales españoles comunistas, todos con sus "compañeros de ruta", contribuiría a reponer ciertos equilibrios propios de la Guerra Fría, equilibrios que a menudo se pierden de vista cuando se enfoca sólo uno de los bloques. Pero no podemos juzgar esta obra, documentada, profunda y rigurosa, por esta ausencia, sino por su aporte positivo a la comprensión de los complejos vínculos tejidos por el exilio republicano español con cada una de las dos Américas en las décadas de 1950 y 1960.

Karina Jannello
(CeDInCI / UNSAM)

*A propósito de Juan Carlos Torre, **Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo**, Buenos Aires, Siglo XXI editores, 2012, 320 pp.*

En 1990 Editorial Sudamericana publicó **La vieja guardia sindical y Perón**, libro con el que Juan Carlos Torre tomaba parte en el, ya largo, debate acerca de los orígenes del peronismo. Su intervención se haría canónica, contribuyendo a que, recientemente, pudieran calificarlo como "el peronólogo argentino mayor". Pero tal posición no se sostiene solamente en **La vieja guardia**, sino en un conjunto más amplio de intervenciones, escritas en registros que iban de la sociología política a reconstrucciones en clave de historia política, e incluso a un ejercicio de historia contrafáctica. Ahora, la compilación que presenta Siglo XXI reúne 11 de esos artículos, escritos a lo largo de más de treinta años, y dados a conocer en publicaciones académicas como **Desarrollo Económico** o **Crítica y Utopía**, en revistas de divulgación como **Todo es Historia**, o en hojas militantes como **La Ciudad Futura**; y que no se limitan al peronismo sino que indagan también en la Argentina que lo precedió. Si esta variedad no lleva a un conjunto heteróclito es porque una preocupación central cruza los artículos de Torre, ordenados en forma cronológica, como un hilo rojo que propone una historia del siglo XX: indagar el papel de la clase obrera en la política argentina.

Tal reconstrucción se apoya en una clave que el autor subraya en la muy sugerente Introducción: la unidad de los comportamientos obreros no puede ser tomada como un presupuesto sino como una cuestión a dilucidar. Y ello porque "las trayectorias políticas del mundo del trabajo dependen menos de las características sociológicas que de las modalidades históricas del proceso político y su impacto sobre las fuerzas sociales" (p. 18). El planteo guía los argumentos de Torre acerca de la importancia que tendría la coyuntura de 1945 en la definición de los rasgos y la importancia de la política de los trabajadores peronistas, pero también es desde esa clave que se interroga por las razones de la debilidad del socialismo argentino.

El artículo "La primera victoria electoral socialista", publicado en 1973 y que abre la compilación, da una primera respuesta, algo esquemática. Abordando los comicios que en 1904 convirtieron a Alfredo Palacios en el mítico "primer diputado socialista de América", y luego de subrayar la debilidad del Partido Socialista (PS), Torre explica el éxito por las particularidades de Palacios, capaz de sumar al sostén socialista el de núcleos liberales independientes, pero, sobre todo, en el apoyo que, en una elección signada por el voto público, dieron los mitristas a un candidato que pudiera derrotar a sus rivales autonomistas. Torre cierra el artículo subrayando que el comicio planteaba el compromiso del Partido Socialista con el régimen oligárquico, y contraponía esa colaboración con la postura del radicalismo yrigoyenista que apelaba a la abstención y la insurrección "para forzar las reformas institucionales que garantizaran la expresión genuina de la soberanía popular" (p. 48).

Treinta años después, en "¿Por qué no existió un fuerte movimiento obrero socialista en Argentina?", Torre volvería a contrastar a socialistas y radicales. El tono era otro, menos enfático; también el registro, que pasaba de la historia a la sociología política. Partiendo de la pregunta clásica que, a comienzos del siglo XX, planteaba Werner Sombart acerca de la ausencia de un movimiento socialista en los Estados Unidos, Torre se preguntaba por las causas de la debilidad del socialismo argentino. Pero su razonamiento se apoyaba menos en la asociación entre el bienestar económico y la pasividad política de los trabajadores, planteada por Sombart, que en las hipótesis de Jerome Karabel, quien subrayaba que la temprana incorporación de los trabajadores norteamericanos a la escena política, anterior al desarrollo del capitalismo industrial, los había privado de la